#2104 - Microrrelato

El Puente Invisible.

Alicia Cristina Tejera Concepción

Hospital Universitario Nuestra Señora de La Candelaria, Santa Cruz De Tenerife, España

Microrrelato

Hace veinticinco años inicié mi residencia en Medicina Interna y jamás dejé de amar esta especialidad, con sus sonrisas y sus lágrimas. Entonces, nosotros buscábamos la guía de los veteranos del servicio. Hoy, a mis cincuenta y cinco años, recorro el hospital con ese mismo ímpetu, estudiando cada jornada y sumando experiencia frente a la enfermedad, el envejecimiento y la muerte. Entiendo este oficio como una entrega absoluta.

Es cierto que el hospital hoy habla un idioma nuevo. El mundo cambia e impulsa a las nuevas generaciones hacia una lógica distinta. Son jóvenes valiosos que luchan con firmeza por sus derechos y consiguen logros admirables en el bienestar personal, trazando fronteras que mi vieja escuela, forjada en el sacrificio, no solía dibujar. A veces, en su entusiasmo por brillar y dominar la técnica, parecen distanciarse de nuestra veteranía. Ante este abismo, prefiero no juzgar, sino descubrir cómo sumar su fuerza a nuestra experiencia para transmitirles la esencia humanista de la profesión.

Aunque la velocidad actual a veces nos diluya, habitar este limbo no es motivo de rendición, sino de reafirmación. Al entrar en la habitación del enfermo, el ruido cesa y la medicina recupera su pureza. El corazón del viejo internista sigue latiendo con devoción intacta, con los brazos abiertos y la firme esperanza de que el mañana y el ayer se encuentren en el arte de escuchar.

#2105 - Microrrelato

"Primun Non Nocere"

Alicia Cristina Tejera Concepción

Hospital Universitario de Canarias, Santa Cruz De Tenerife, España

Microrrelato

A los ocho años decidí curar. Me fascinaba comprender cómo enfermaba el cuerpo humano para repararlo. Por eso elegí Medicina Interna: anhelaba abarcarlo todo, no por vanidad, sino para ofrecer la mejor ayuda al mayor número de personas. Sin embargo, las aulas nunca me enseñaron a mirar de frente a la muerte, a descifrar pronósticos desoladores o a gestionar la complejidad familiar. La realidad superó pronto a la teoría. Aprendí en soledad, a golpe de vivencias, que si bien la ciencia es indispensable, el acompañamiento humano lo es aún más. Comprendí que es tan crucial saber cuándo actuar como saber cuándo parar, evitando la futilidad terapéutica. Hoy, el marco legal de las últimas voluntades corrobora lo que la vida me inculcó a la fuerza: que cuidar es prioritario y, cuando el final resulta inevitable, aliviar es sagrado. Pese a ello, la inercia del sistema o el eco de nuestra propia conciencia nos empuja, a veces, a buscar certezas a cualquier precio, especialmente en pacientes con cáncer avanzado sin diagnóstico histológico. Verlos consumir sus últimos días en una cama de hospital, persiguiendo tratamientos estériles, es una realidad extenuante que urge transformar. Nuestra verdadera misión no radica en vencer siempre a la biología, sino en guiar con compasión el camino que a cada paciente le tocó recorrer, garantizando ante todo la dignidad de la persona.

#2106 - Microrrelato

La Hora Veinticinco.

Alicia Cristina Tejera Concepción

Hospital Universitario Nuestra Señora de La Candelaria, Santa Cruz De Tenerife, España

Microrrelato

El reloj marca las tres de la madrugada en Medicina Interna. Llevo dieciocho horas en vela bajo la extrema exigencia de una guardia que devora nuestra salud. Tras veinticuatro horas de entrega, la supuesta libranza es una quimera: apenas el resto de un día saliente hipotecado por el sueño. El calendario dicta nuestra vida; los jueves y sábados se anhelan para arañar una tregua, mientras que los viernes sepultan el fin de semana y los festivos quedan legalmente embebidos, evaporándose sin descanso. Existe una paradoja invisible que sostiene este engranaje: un sueldo base insuficiente que convierte la remuneración de las guardias en el único incentivo posible. Si el médico estuviese justamente pagado, nadie aceptaría este desgaste; pero el sistema instrumentaliza esa necesidad económica para perpetuar su propia estructura. Mantener la lucidez sin dormir no es medicina; es un funambulismo extremo donde la privación del sueño mina el espíritu y erosiona la empatía. Al amanecer, con el cuerpo exhausto, entrego el testigo. Al mirar el reflejo del cansancio en el espejo, resulta difícil distinguir quién es el paciente y quién el médico, tan desdibujados quedan el estado físico y anímico tras el saliente. Un sistema que aspira a sanar no puede sostenerse sobre el colapso de quienes curan. Cuidar nuestra vida y dignificar nuestro salario es la única reforma sostenible que la medicina tiene pendiente.

#2107 - Microrrelato

El Arte De La Sastrería.

Alicia Cristina Tejera Concepción

Hospital Universitario de Canarias, Santa Cruz De Tenerife, España

Microrrelato

El arte de la medicina es una cualidad innata que se perfecciona con los años. No basta con acumular teoría; la verdadera maestría radica en saber aplicar el conocimiento. El sello de calidad de un médico se mide por su capacidad de ofrecer una valoración global, un trato humano y un ajuste minucioso del tratamiento al alta. Hoy la población vive más, incrementando una expectativa de vida que no siempre se acompaña de bienestar. Nos enfrentamos a pacientes pluripatológicos y frágiles en los que el manejo clínico se vuelve un rompecabezas complejo; la polifarmacia multiplica las interacciones y los efectos secundarios, dificultando la adherencia terapéutica. Es una paradoja preocupante: las guías clínicas recomiendan fármacos prioritarios que se tienden a utilizar como un "café para todos", olvidando que la población general no siempre representa al paciente que tenemos delante. En lugar de diseñar un traje a medida, demasiado a menudo nos arrastra la inercia terapéutica; nos cuesta retirar fármacos porque nos exige reflexionar, romper costumbres y responsabilizarnos de decisiones. Se habla mucho de individualizar, pero se ejerce poco. Adecuar la ciencia al enfermo, y no al revés, es el núcleo de la propedéutica. En el adulto mayor, el principio de no dañar al paciente y la máxima de "menos es más" se vuelven ley; significa desconfiar de esquemas rígidos buscando la calidad de vida. Un gran médico no es aquel que simplemente domina la teoría, sino quien posee la sensibilidad de moldear el saber universal para aliviar una realidad particular.

#2108 - Microrrelato

¡Qué Honor Morir Así!

Laura Rodríguez Delgado

Hospital Clínico Universitario de Valladolid, Valladolid, España

Microrrelato
Sixto, de 75 años, se afanaba en desbloquear su móvil para enseñarnos las fotos de su nieta pequeña, describiéndola entre risas como "un bicho".
Conocemos a Sixto desde hace 3 días, cuando los hematólogos nos comentan el caso: paciente con un síndrome mielodisplásico en progresión en los últimos meses, con datos de leucemia mieloblástica aguda, encadenando desde entonces varios ingresos por complicaciones infecciosas y empeoramiento progresivo del estado general.
En este último ingreso, el hemograma ha empeorado, la fiebre no remite y el dolor es generalizado, por lo que se decide el cambio de servicio a nuestra Unidad de Cuidados Paliativos de Medicina Interna.

En nuestra primera visita a Sixto ya conocemos a su familia: a su esposa permanentemente al lado de su cama, sus hijas, sus yernos y toda la feligresía de nietos que enseña en su móvil. Hace unas semanas, Sixto, consciente de que iba a peor, reunió a su familia en su casa de un pueblo de Valladolid, para celebrar algo tan sencillo como estar juntos y hablar entre todos del final que sabían que llegaba.

Yo, residente de Medicina Interna, veo cómo iniciamos la sedación paliativa de un hombre rodeado de toda su familia, remando en la misma dirección y permaneciendo con él hasta el final, y sólo puedo pensar que el objetivo principal de la medicina es (además de curar), acompañar a las personas transitando las etapas de su vida mientras reciben el amor de sus seres queridos. Qué honor morir así, Sixto.

#2109 - Microrrelato

Anotaciones Marginales Sobre El Caso Mosquera Navas

Miguel Franco Álvarez

Hospital Universitario de Santiago de Copmostela, Santiago De Compostela, España

Microrrelato

A la pobre criatura la pasearon de sala en sala durante las tres semanas que duró la agonía. ¿Y para qué, si al fin y al cabo, como ya se intuía, acabó estirando la pata? Todavía conservo vivo el recuerdo: yo frente al teclado, la puerta abierta del despacho y la camilla cruzando como un destello blanco, un brazo en alto, sujeto por un enfermero que, al fondo del pasillo, proclamaba: «¡Abran paso, mordedura de internista!».

Los síntomas aparecieron al tercer día, en forma de largas redacciones y conjeturas interminables. La habitación del desdichado se convirtió en un tapiz de papeles manuscritos. Enfrascado en pensamientos cada vez más obtusos, abandonaba su cama y revoloteaba por las demás habitaciones, diagnosticando a otros enfermos de dolencias inventadas, percutiendo paredes o auscultando televisores ante la atónita mirada del Dr. Arlés y su séquito. Así, el veneno avanzó sin tregua por sus tejidos. Los últimos días transcurrieron entre pruebas inútiles y ensayos terapéuticos —como la administración de suero de traumatólogo—, mientras los ojos se le hundían cada vez más en los abismos del pensamiento. Por entonces le perdí la pista.

Mucho tiempo después, la casualidad hizo que el Dr. Arlés entrara en mi consulta, ahora como paciente. La conversación nos llevó a recordar aquellos sucesos y, movido por la curiosidad, le pregunté si finalmente habían llegado a saber de qué había muerto el desdichado. Él se limitó a responder con un gesto de resignación:

—Pues de lo que mueren siempre estos, de agotamiento.

#2110 - Microrrelato

Iatrofobia Invertida

Haylen Marín Gomez

Hospital San Agustin de Linares, Linares, España

Microrrelato
A las tres de la mañana, el hijo apoyó las dos manos en el mostrador.

—O lo ingresan o no me lo llevo.

El padre, noventa y un años, saturación de 97 y analítica anodina, dormitaba en la silla con el abrigo abrochado. Llevaba seis horas esperando que alguien decidiera por él.

Yo sabía que no necesitaba una cama. También sabía cuánto tarda una reclamación en escribirse y cuánto puede durar después dentro de la cabeza de quien la recibe.

Firmé el ingreso.

Tenía cuarenta pacientes, una enfermera y una reclamación flotando en el aire.

Después, por deformación profesional, hice inventario. Una cama que se lava cada mañana. Dos juegos de sábanas. Una vía, un suero que nadie necesitaba, jeringas, guantes en cada turno. Una analítica de control a las siete. Bandejas de comida devueltas a medias. Y el pañal que en casa no usaba y que en planta, sin baño cerca y sin nadie con tiempo para acompañarlo, empezó a necesitar al segundo día.

Todo en contenedores distintos, eso sí. Reciclábamos con mucha disciplina lo que nunca hizo falta producir.

Al tercer día me agarró la manga.

—Doctora, ¿cuándo me voy? Allí tengo el geranio.

Nadie se lo había preguntado.

En el informe de alta escribí el diagnóstico que no figura en ninguna clasificación: claudicación familiar y miedo del médico de guardia.

El geranio aguantó.

Lo regaba la vecina del segundo, la única persona a la que nadie pensó en llamar aquella noche.

#2111 - Microrrelato

Minuto Siete

Haylen Marín Gomez

Hospital San Agustin de Linares, Linares, España

Microrrelato
Paciente treinta y cuatro. Varón, cincuenta y ocho años, cansancio. Volvía por lo mismo que en marzo, cuando lo atribuimos al estrés.

Tenía siete minutos. En siete minutos se pide antes de pensar.

Pedí hemograma, bioquímica, tiroides, ferritina, B12, proteinograma y orina. Una radiografía de tórax, por si acaso. Una ecografía abdominal, por si acaso otra vez. Cada por si acaso sale de un tubo de plástico, de un reactivo que viajó en camión refrigerado, de una máquina que nunca se apaga. Nadie lo firma, pero todo eso emite.

Él se levantó, se puso la chaqueta y, con la mano ya en el pomo, dijo:

—Por cierto, doctora. Desde que cerraron la fábrica no duermo.

Minuto siete. La siguiente paciente asomaba por la puerta.

Las pruebas salieron normales. Todas.

Volvió en junio. Le di el último hueco de la mañana, el que nadie quiere, y no pedí nada. Hablamos. Tardé veintidós minutos y salí con la agenda destrozada y la sensación, rara en consulta, de haber hecho medicina.

Fue la visita más barata del año. Tampoco dejó residuos.

Escuchar sigue siendo la prueba diagnóstica con menos huella de carbono que conozco. También es la que menos tiempo nos dan.
Hmarin

#2112 - Microrrelato

Horas

Fernando Jaén Águila

Hospital Universitario Virgen de las Nieves, Granada, España

Microrrelato

Las horas de aquella casa obedecían a la luz y a la voz de mi padre. Una voz de dios malherido que subía desde el patio justo para comer. Las horas se medían con la sombra de la vieja higuera y lo que tardaba en llegar hasta el zaguán. Cada verano la higuera daba menos sombra y menos fruto.

En septiembre mi padre amontonaba las ramas secas y les prendía fuego. Sabía, con ese saber antiguo que deja en los ojos la derrota, que después de la ceniza vendría otra vida. El humo de aquellos rastrojos se nos metía en la ropa, en el pan, en los pulmones. Los suyos no aguantaron muchos años más. Lo ingresaron un otoño, cuando el frío empieza a morder.

Este septiembre no ha sido tiempo de quema. He dejado los bálagos y los abrojos tirados, pudriéndose. Espero, como espera la tierra, que lo nuevo se nutra de lo viejo.

Hoy el reloj de aquella casa es sólo eso, un reloj. Una rueda de polvo. Un testigo callado frente a su hueco. Esta tarde, la sombra de la higuera ha llegado con retraso al zaguán. No había nadie esperándola. Sólo una silla vacía, que aún sostiene el peso de un hombre.

#2113 - Microrrelato

A La Sombra

Marina Pérez Del Rincón

Hospital universitario de Móstoles, Móstoles, España

Microrrelato

La primera noche preguntó si podía quedarse hasta septiembre.

Pensé que estaba desorientada. Tenía ochenta y seis años, una insuficiencia cardiaca y un ingreso en pleno julio. Le pregunté dónde estaba, qué día era, cómo se llamaban sus hijos. Contestó a todo. Después volvió a preguntar.

—Solo hasta que refresque.

En la planta hablábamos de la ola de calor entre dos cambios de tratamiento. Ella hablaba del banco donde se sentaba su marido, de la fuente donde llenaban las botellas, de los árboles que habían quitado para hacer aparcamientos.

—Antes salía a la calle para estar fresquita. Ahora salgo de casa para ver si hace menos calor.

Cuando mejoró, preparé el alta. Función renal estable, sin oxígeno, sin edemas. Su hija vendría a buscarla después del trabajo.

La encontré doblando el camisón sobre la cama. Había dejado el mando de la televisión encima, perfectamente alineado.

—¿Ya me puedo ir?

—Sí.

No sonrió.

Le pregunté por primera vez cómo era su casa.

Un cuarto sin ascensor. Una ventana al oeste. Un ventilador que llevaba dos días moviendo aire caliente.

Volví al ordenador. El informe terminaba con una frase que había escrito cientos de veces: «Puede continuar cuidados en su domicilio».

Dejé el cursor al final.

Ella seguía junto a la cama, con el bolso en las rodillas, esperando.

Miré el termostato de la habitación: veinticuatro grados.

No había preguntado cuándo estaría curada. Había preguntado cuándo refrescaría.

#2114 - Microrrelato

UN CALENDARIO DE PLÁSTICO

Encarnación Palomino Núñez

Hospital Universitario Puerta de Hierro Majadahonda, Madrid, España

Microrrelato

Siempre apoyado en la mesilla.
Bajo la lamparita de noche.
De traslúcido y desgastado material.
Se lo habían regalado hace tiempo.
Con todo, cada celda conservaba su etiqueta.
Cada vez costaba más abrirlo.
Y conseguir ese "clac" al cerrarse.

Al principio solo se metía una.
Después dos.
Luego tres.
Se rellenaba al final de cada semana.
Un día cambió una pastilla de color.
Otra se partió.
Una desapareció.
Y llegó una nueva.
Con los años ya no cabían todas.
Algunas enfermedades tenían nombre.
Otras, solo horario.
Pasaban las estaciones.
Y llegó el insidioso otoño de la carne.
Ya no crujía la caja, sino los huesos.
Como el plástico, la piel se volvió quebradiza y descolorida.

Un domingo de diciembre nadie llenó el pastillero.
Y por primera vez, sobraron todos los lunes.

#2115 - Microrrelato

Mientras Queden Hojas

Yulit Yoanna Mejia Burbano

Hospital Universitari d'Igualada, Igualada, España

Microrrelato
La habitación 214 tenía una ventana pequeña y un árbol enorme.

Cada mañana, antes de explorar al señor Julián, él me preguntaba lo mismo:

—Doctora, ¿todavía tiene hojas?

Yo miraba por la ventana.

—Todavía.

Después venían los rituales de Medicina Interna: auscultar pulmones, palpar edemas, revisar analíticas, ajustar diuréticos. Insuficiencia cardíaca, renal, respiratoria. Su cuerpo parecía una reunión de órganos que habían dejado de ponerse de acuerdo.

Pero Julián solo vigilaba el árbol.

Una mañana encontré una hoja seca sobre su mesita.

—Se ha caído esta noche —dijo—. Guárdela. Los médicos guardan demasiados papeles y muy pocas hojas.

Sonreí.

Durante semanas comenzamos a cambiar pequeñas cosas en la planta: imprimimos solo lo imprescindible, evitamos material desechable innecesario, separamos residuos correctamente y apagábamos equipos y luces cuando no hacían falta.

Nada heroico.

Solo pequeñas decisiones.

Julián mejoró. El día del alta caminó lentamente hasta la ventana.

El árbol estaba casi desnudo.

—Parece enfermo —dije.

Él negó con la cabeza.

—No. Está aprendiendo a gastar menos para sobrevivir al invierno.

Meses después, al comenzar mi guardia, encontré aquella hoja dentro de mi libreta.

Entonces comprendí algo que ningún tratado de Medicina Interna me había enseñado:

cuidar consiste en reconocer qué es imprescindible y qué podemos dejar de consumir.

Miré por la ventana.

El árbol había vuelto a cubrirse de verde.

Y pensé que quizá la Tierra, como nuestros pacientes, todavía estaba a tiempo.

#2116 - Microrrelato

Anatomía De Una Segunda Vida

Yulit Yoanna Mejia Burbano

Hospital Universitari d'Igualada, Igualada, España

Microrrelato
El doctor Salvatierra tenía una costumbre extraña: guardaba los papeles.

No todos.

Solo aquellos que habían dejado de ser útiles.

Listas antiguas, borradores, hojas impresas por una sola cara. Los colocaba cuidadosamente en una caja junto a su escritorio.

—¿Para qué guarda basura? —le pregunté durante mi primera guardia en Medicina Interna.

—Porque todavía no lo es.

Nunca entendí la respuesta.

Durante meses lo vi diagnosticar enfermedades imposibles, escuchar historias interminables y sentarse junto a pacientes para quienes ya no quedaban tratamientos.

Después enfermó él.

La bata desapareció del perchero y su nombre apareció en nuestra lista de pacientes.

Cáncer metastásico.

Una mañana entré en su habitación.

Sobre la mesa había una pequeña libreta de papel gris.

—La hice con aquellas hojas —dijo.

Me la entregó.

En la primera página había escrito:

Para cuando creas que algo ha dejado de servir.

Murió aquella primavera.

Años después, la libreta sigue en mi bolsillo.

Sus páginas contienen diagnósticos, teléfonos, dosis, dibujos de mis hijos y nombres de pacientes que no quiero olvidar.

Hoy una residente me vio guardar cuidadosamente unos papeles usados.

—¿Para qué guarda basura, doctora?

Levanté la mirada.

Por la ventana, el viejo árbol del hospital comenzaba a llenarse de hojas nuevas.

Sonreí.

—Porque todavía no lo es.

Entonces comprendí al doctor Salvatierra.

Reciclar nunca había sido únicamente transformar residuos.

Era una forma de mirar el mundo y preguntarse, antes de abandonar algo: ¿de verdad ha terminado su historia?

#2117 - Microrrelato

La Medicina De Las Pequeñas Cosas

Yulit Yoanna Mejia Burbano

Hospital Universitari d'Igualada, Igualada, España

Microrrelato

Don Ernesto tenía ochenta y siete años, insuficiencia cardíaca, enfermedad renal y una maceta de albahaca sobre la mesilla.

—No consta en el tratamiento —bromeé.

—Es lo único que me cura sin efectos secundarios.

Cada mañana, durante el pase de visita, apartábamos la planta para explorarle. Ajustábamos diuréticos, vigilábamos el potasio, discutíamos balances. Él, en cambio, preguntaba quién había regado la albahaca.

Un día me encontró tirando a la papelera varios folios impresos por error.

—Qué hospital tan extraño —dijo—. Salváis corazones y desperdiciáis árboles.

Me reí.

Después dejé de hacerlo.

Empezamos por pequeñas cosas: imprimir menos, separar correctamente los residuos, apagar luces innecesarias, utilizar solo el material imprescindible.

Semanas después, Ernesto recibió el alta.

Antes de marcharse me entregó la maceta.

—Ahora le toca cuidarla a usted.

La albahaca permaneció años junto a la ventana del despacho. Sobrevivió a guardias, inviernos y algún residente incapaz de recordar que las plantas necesitan agua.

Hasta que una mañana comprendí por qué Ernesto me la había dejado.

En Medicina Interna aprendemos a cuidar organismos complejos donde todo está relacionado: corazón, pulmón, riñón, cerebro.

Tal vez llevábamos demasiado tiempo olvidando al organismo más grande de todos.

Miré la Tierra desde aquella pequeña ventana y por primera vez entendí que también era nuestra paciente.

#2118 - Microrrelato

El Bosque De Los Que Fueron

Yulit Yoanna Mejia Burbano

Hospital Universitari d'Igualada, Igualada, España

Microrrelato

Aurora llevaba tres semanas ingresada en Medicina Interna. Su corazón fallaba, sus riñones se agotaban y su memoria comenzaba a extraviar los nombres, una enfermedad que devoraba su juventud.

Pero jamás olvidaba preguntar por los árboles.

—Doctora, ¿cuántos quedan?

Pensé que hablaba del jardín del hospital.

—Menos de los que debería —respondí.

Sonrió con tristeza.

—Siempre creemos que tendremos tiempo para plantar otro.

Una tarde me entregó un sobre lleno de semillas.

—Son de mi jardín. Prométame que no las tirará.

Aurora murió antes de que terminara el invierno.

Guardé aquel sobre durante meses, incapaz de abrirlo. Hasta que una mañana, mientras revisaba analíticas, encontré una nota entre las semillas:

"No plante un árbol por mí. Plántelo por alguien que todavía no haya nacido".

Aquella primavera, el hospital comenzó a recuperar un pequeño terreno abandonado. Plantamos especies autóctonas, reducimos residuos y aprendimos que cuidar también significaba prevenir aquello que enfermaba fuera de nuestras paredes.

Pasaron los años.

Una mañana, una niña señaló los árboles desde la ventana de la habitación donde había muerto Aurora.

—Doctora, ¿De dónde vienen esos árboles?

Eran de tu madre, paciente de este hospital, respondí:

—Alguien que te cuidó antes de conocerte.

La niña sonrió.

Y comprendí que Aurora no había dejado semillas para recordar su muerte.

Las había dejado para que otros pudieran celebrar la vida.

#2119 - Microrrelato

Sinécdoque

Carmen Fermoso García

Hospital Universitario de Getafe, Getafe, España

Microrrelato

“De esto se encarga el urólogo”; “no sé, eso lo lleva el endocrino”, etc. Son respuestas comunes que obtienen nuestros pacientes cuando preguntan por qués o para qués. La medicina avanza hacia la especialización, y cuando hayamos escalado esa montaña buscaremos el siguiente pico al que llamaremos subespecialización. Porque las patologías son complejas, la evidencia abrumadora, y la necesidad de actualización tan inabarcable como necesaria. Pero en este maremágnum de bibliografía, nos arriesgamos a olvidar cómo leer al sujeto. Y sin lectura, la comprensión cae en ausencia.

Preguntar a la IA acerca del nuevo tratamiento se plantea antes que preguntar a Francisco si siquiera quiere recibirlo. Las prioridades de nuestros pacientes deben ser las nuestras, pero solo se pueden entender si comprendemos que leyendo la frase no te has leído aun el libro, que la voluntad no está cifrada entre “antecedentes médicos”, y que las expectativas no se responden desde la interconsulta.

¿Dónde termina la diabetes y empieza tu paciente?
Perder el todo por la parte será el diezmo de la medicina del s.XXI a fin de poder seguir subiendo nuestras cordilleras particulares. Mientras, Francisco continúa intentando descifrar qué es esta nueva droga que recorre las carreteras de su cuerpo.

#2120 - Microrrelato

"El Planeta También Tiene Constantes Vitales"

David García Noguero

Hospital General de Almansa, Almansa, España

Microrrelato
La habitación 307 olía a desinfectante y a otoño.

Don Manuel, antiguo jardinero, ingresó por una insuficiencia respiratoria. Mientras revisaba sus constantes, me señaló el árbol que se divisaba por la ventana.

—Doctor, ¿sabe qué tenemos en común ese árbol y yo? Que ambos necesitamos que alguien nos cuide antes de que sea demasiado tarde.

Sonreí, pensando que hablaba de su enfermedad. Me equivocaba.

Durante los días siguientes, mientras ajustaba sus diuréticos, auscultaba sus pulmones y medía la vena cava inferior, él me enseñó a mirar más allá de una analítica. Me habló de ríos convertidos en vertederos, de bosques que ya no daban sombra y de un aire que enfermaba antes de que aparecieran los síntomas.

—Ustedes, los internistas —me dijo—, saben interpretar las señales del cuerpo. ¿Quién interpreta las del planeta?

Aquella pregunta me acompañó al salir de la habitación. Miré el carro de curas, los envases de un solo uso, los residuos que generábamos, las luces encendidas en salas vacías. Comprendí que cuidar también significaba prevenir, reutilizar cuando fuera seguro, reciclar correctamente y evitar lo innecesario.

Don Manuel recibió el alta una semana después. Antes de marcharse, me regaló unas semillas de lavanda.

—Para el hospital —dijo—. Que aquí también crezca la salud.

Hoy, junto al árbol de la habitación 307, florece aquella lavanda.

Cada vez que la veo, recuerdo que la medicina interna no termina en la piel del paciente: alcanza el aire que respira, el agua que bebe y la tierra que heredarán.

#2121 - Microrrelato

"Diagnóstico: Un Planeta Enfermo"

David García Noguero

Hospital General de Almansa, Almansa, España

Microrrelato

—¿Qué le ocurre al mundo, doctor?

La pregunta no aparecía en ningún manual de medicina interna. La formuló Carmen, una paciente de ochenta años, mientras observaba la lluvia tras los cristales de la consulta.

—¿Al mundo?

—Sí. Cada verano hace más calor, el aire parece más sucio y el campo donde jugaban mis nietos ya no es el que recuerdo. ¿Eso también se cura?

Bajé la mirada hacia su historia clínica. Hipertensión, diabetes, insuficiencia cardíaca. Tres diagnósticos, decenas de tratamientos y una vida entera intentando mantener el equilibrio.

Entonces comprendí que aquella mujer no preguntaba por el clima, sino por el futuro.

En medicina interna sabemos que ningún órgano enferma del todo de manera aislada. El corazón depende de los pulmones; los riñones, del equilibrio del organismo. ¿Cómo íbamos a comprender la salud humana ignorando el aire que respiramos, el agua que bebemos y los ecosistemas que nos sostienen?

Al día siguiente propuse pequeños cambios en nuestra planta: separar correctamente los residuos, evitar material innecesario, racionalizar las pruebas y los tratamientos, y apagar aquello que no necesitaba permanecer encendido. No salvaríamos el planeta desde una habitación, pero podíamos dejar de contribuir a enfermarlo.

Cuando Carmen recibió el alta, me estrechó la mano.

—Entonces, doctor, ¿hay esperanza?

Miré por la ventana. Entre las grietas del asfalto crecía una pequeña planta.

—Mientras sigamos cuidando, sí.

Porque hay enfermedades que se tratan con medicamentos, otras que exigen cambiar de hábitos y algunas que solo podremos curar si aprendemos a mirar más

#2122 - Microrrelato

"La Segunda Vida"

David García Noguero

Hospital General de Almansa, Almansa, España

Microrrelato
El vaso de plástico llevaba apenas unos minutos en la bandeja cuando el doctor Martín pensó en todas las cosas que terminaban antes de tiempo.

Aquella mañana había atendido a un hombre con neumonía, a una mujer con insuficiencia cardíaca y a un anciano con delirium. Tres pacientes, tres historias, un mismo recordatorio: el cuerpo humano es un equilibrio delicado.

La Medicina Interna le había enseñado que nada funciona de manera aislada. Un órgano afecta a otro; una enfermedad transforma una vida; una decisión pequeña puede cambiar un desenlace.

¿Por qué no ocurría lo mismo con el planeta?

En el pasillo, una papelera rebosaba de envases. En otra habitación, la calefacción seguía encendida con la ventana abierta.

Martín empezó por lo posible: evitar el desperdicio, separar correctamente los residuos y reducir el uso innecesario de materiales, siempre sin comprometer la seguridad del paciente. No eran gestos heroicos. Eran decisiones clínicas ampliadas al entorno.

Semanas después, el anciano regresó a revisión con una pequeña maceta.

—He plantado un árbol, doctor. No sé si llegaré a verlo crecer.

Martín la sostuvo con cuidado.

—Quizá no. Pero alguien descansará bajo su sombra.

Aquel día comprendió que la medicina no consiste únicamente en prolongar la vida, sino también en preguntarse qué mundo encontrará esa vida al salir del hospital.

El vaso había sido desechado. La semilla, en cambio, acababa de empezar.

Porque curar es luchar contra la enfermedad; cuidar es procurar que la vida siga siendo posible.

#2123 - Microrrelato

"El Paciente Que No Ingresó"

David García Noguero

Hospital General de Almansa, Almansa, España

Microrrelato
Aquella noche, en Medicina Interna, ingresaron tres pacientes por insuficiencia respiratoria. Los tres tenían algo en común: les faltaba el aire.

Al revisar sus historias, el doctor Inclán encontró diagnósticos conocidos, tratamientos habituales y una pregunta incómoda: ¿cuántas veces tratamos los pulmones sin preguntarnos qué estamos haciendo con el aire?

A las cuatro de la madrugada, mientras ajustaba una oxigenoterapia, miró por la ventana. La ciudad dormía bajo una nube gris. Recordó el bosque de su infancia y el silencio que precedía a las tormentas. ¿En qué momento había dejado de considerar todo aquello parte de la medicina?

Al amanecer, una paciente le preguntó:

—Doctor, ¿volveré a respirar bien?

Él respondió que harían todo lo posible.

No añadió que respirar también dependía de un mundo que estábamos enfermando.

Durante años había aprendido a interpretar analíticas y tratar enfermedades complejas. Sin embargo, aquella guardia le enseñó algo diferente: la salud comienza mucho antes de que un paciente cruce la puerta del hospital.

Empieza en el agua que bebemos, en los recursos que no desperdiciamos y en cada decisión que evita un daño innecesario.

Al terminar la guardia, apagó una luz que nadie necesitaba.

Fue un gesto mínimo. Casi ridículo frente a la inmensidad del problema.

Pero, por primera vez, comprendió que la medicina interna también podía empezar fuera de la consulta.

En aquella planta habían ingresado tres pacientes.

El cuarto no tenía cama, ni pulsera identificativa, ni diagnóstico: era el planeta. Y llevaba demasiado tiempo esperando que alguien lo escuchara.

#2124 - Microrrelato

Los Geranios De Remedios

Aleida Luque Del Pino

Hospital de Valme, Sevilla, España

Microrrelato
Remedios ingresó un 14 de julio con 41,2 grados y la lengua seca como esparto. Vivía sola en un quinto sin ascensor, con un ventilador que movía el mismo aire caliente de un lado a otro, como quien da vueltas a un mal pensamiento.

La enfriamos con sueros, con paños fríos y con paciencia. Al tercer día pidió que le trajeran sus geranios, porque nadie los iba a regar.

Ahora escribo su informe de alta y el programa me pide un diagnóstico principal. Tecleo: "Golpe de calor". Luego: "Insuficiencia renal aguda prerrenal, resuelta". Luego: "Hipernatremia leve".

Todo es verdad y nada es la verdad.

Me quedo un rato con el cursor parpadeando. Pienso en las noches tropicales que antes eran unas pocas al año y ahora son cuarenta. En el asfalto que no se enfría. En el árbol que talaron frente a mi ventana para hacer una plaza dura. En que la próxima ola llegará antes y se irá más tarde.

No hay código CIE para eso. Lo sé. Si existiese sería algo parecido a: "Necesitamos más sombra".

Remedios me pregunta si los geranios aguantarán este verano.

Le digo que sí. Es la primera mentira piadosa que le cuento a una paciente, y no es sobre ella.

#2125 - Microrrelato

Podar Y Simplificar

Aleida Luque Del Pino

Hospital de Valme, Sevilla, España

Microrrelato
Isabel llega a consulta con una bolsa de supermercado llena de cajas. Diecisiete principios activos. Algunos repetidos con distinto nombre; dos que se anulan entre sí; uno para un problema que ya no tiene desde 2011 y otros que quizás eran de su marido.

- Me los fueron mandando - dice con desgana.

Los repasamos uno a uno. Me cuenta que tiene un huerto en el pueblo y que en febrero poda los frutales.

- ¿Y por qué los poda?
- Para que el árbol no gaste fuerzas en ramas que no dan.

Le digo que vamos a hacer lo mismo. Retiramos el protector gástrico que nadie recordaba haber pautado, la segunda benzodiacepina, la estatina en prevención primaria a los noventa y un años, la vitamina que solo le daba náuseas.

Quedan seis. Isabel mira las cajas sobrantes como si fueran hojas secas.
- ¿Y esto lo tiro?
- Al punto SIGRE de la farmacia. Ni al cubo ni al váter.

Tres meses después vuelve. Duerme mejor, no se ha caído, recuerda el nombre de todas sus pastillas. Trae otra bolsa de supermercado.
Dentro hay ciruelas.

- De un árbol bien podado -dice.